

## De enseñar, a aprender a formar

Arturo de la Torre Frias

Doctor en educación. Docente investigador del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales de la Secretaría de Educación Jalisco. [arturo.delatorre@cips.edu.mx](mailto:arturo.delatorre@cips.edu.mx)

Desde que recuerdo, mi idea de ser maestro estaba íntimamente asociada a la enseñanza. Reconocer que un maestro enseña, era como reconocer que un pescador pesca o un médico se dedica a aliviar la enfermedad de sus pacientes. Desde que comencé mi camino por la docencia, preparar mis clases, mejorar mi didáctica y estar atento al aprendizaje de mis alumnos, fue parte esencial de mi labor. Como muchos otros maestros, estudié teorías del aprendizaje, aprendí a elaborar planeaciones, asistí a cursos que tenían como propósito mejorar la forma de enseñar y colocar al estudiante *en el centro del proceso educativo*.

Hace ya algunos años, bastantes, leí acerca de Paulo Freire y lo que él denominaba *educación bancaria*, un proceso educativo que se desmarcaba de la idea de que el maestro ha de enseñar y el estudiante ha de aprender. Freire iba más allá de la enseñanza como elemento esencial de la docencia, ser docente implicaba aprender para después enseñar. Es importante destacar que no se refería a aprender sobre una profesión o aprender conocimientos específicos que después se compartirían con los estudiantes; aprender era otra cosa, se trataba de *aprender a formar*.

El aprendizaje del educador al educar se verifica en la medida en que éste, humilde y abierto, se encuentre permanentemente disponible para repensar lo pensado, para revisar sus posiciones; se percibe en cómo busca involucrarse con la curiosidad del alumno y los diferentes caminos y senderos que ésta lo hace recorrer (Freire, 2010, p. 45).

---

La escuela prusiana, la lancasteriana o la que en el siglo XX se afianzó en las teorías del aprendizaje, señalan al docente como alguien ya formado, que ha aprendido y ahora está en posibilidad de enseñar. Claro está que al tiempo se hizo patente la necesidad de una formación continua, una formación que tiene como fin aprender y actualizarse, para después enseñar. En ambos casos, implica que el docente se prepara para enseñar de forma tal que el aprendizaje del estudiante sea profundo, significativo, eficiente, de mayor calidad, o cualquier otro calificativo que quienes evalúan el proceso educativo suelen utilizar. ¿Pero era esto a lo que Freire se refería con aprender para enseñar?, al parecer, no.

La lectura de Giles Ferry fue para mí un segundo momento de duda en relación con la enseñanza y el aprendizaje. Dicho autor consideraba que formar no era la acción de dar forma a otro, sino de aportar mediaciones para que éste se forme por sí mismo; desde esta perspectiva, enseñar al otro no era el elemento central de la labor docente, sino aprender a ser un mediador en la formación de los estudiantes. Fue para mi impactante leer en Ferry (1990) que:

La formación no debe reducirse a una acción ejercida por un formador sobre un “formado” maleable que reciba de forma pasiva la configuración que le imprima el formador. El proyecto insensato de modelar al otro, de crear un ser a su imagen, de infundirle la vida, que es el fantasma del animador, lo único que puede hacer es infligirle la muerte (p. 53).

En ese momento, pensé en una analogía entre la educación bancaria de Freire y el interés del docente por *enseñar mejor* para que el estudiante *aprenda mejor*; ¡como si el aprendizaje del estudiante dependiera exclusivamente del docente!, ¡como si mejorando su enseñanza se mejorara automáticamente el aprendizaje del otro! Estas ideas me llevaron a pensar que el proceso de enseñanza y aprendizaje era algo más complejo que la función específica asignada a los maestros, enseñar, y a los estudiantes, aprender. Por una parte, el docente enseña lo que sabe, y de forma simultánea, está en posibilidad de aprender a

ser un mediador a partir del contacto concreto con estudiantes que se forman a sí mismos. Por otra parte, el estudiante que aprende, ha de enseñar, a sí mismo y a los demás, lo que aprende.

Entonces, ¿la idea del docente que enseña y del estudiante que aprende, no se sostiene?, ¿es que el maestro ha de enfocarse en mejorar su práctica, a sabiendas que el estudiante es consciente de que ha de formarse a sí mismo?, ¿lo es?, ¿lo son ambos? En este punto, mi idea inicial acerca de la labor docente se transformó, pasó de quien enseña a quien aprende a formar a otro en el sentido en que lo señala Ferry (1990): aprender a ser mediador en la formación de otro que se forma a sí mismo.

No hace mucho, tuve la oportunidad de trabajar desde la perspectiva de la formación, y no desde la perspectiva del proceso de enseñanza y aprendizaje, con un grupo de estudiantes en educación superior en el ámbito educativo. Algo que aprendí fue que colocar al estudiante en el centro del proceso educativo, también implica que es éste quien primero ha de colocarse a sí mismo en el centro de dicho proceso. No fue fácil establecer un diálogo en torno al entendimiento de que la clase tendría como presupuesto que ellos asistían a la escuela a formarse a sí mismos, y que yo no estaba ahí para enseñarles, sino para ser un mediador en su formación, y para esto, era fundamental estar abierto a aprender. No fue sencillo, la idea de que el maestro enseña y el estudiante aprende es casi inamovible, un monolito sobre el cual se vive en las escuelas. Aun así, fue posible.

Al finalizar el curso, algunos estudiantes me comentaron que, a pesar de que se encontraban a punto de egresar de la carrera, nunca se les había invitado a hacerse cargo de su propia formación; que lo normal era que el docente les compartiera información y contara sus experiencias, para después evaluar si habían *aprendido* lo que éste les había *enseñado*. Durante dicho curso, busqué orientar mi labor como docente en el desarrollo de prácticas de formación (tareas, proyectos, diálogos, trabajo en equipo u otras) específicas para estos estudiantes en concreto; aprender cómo eran ellos, cómo entendían lo solicitado y hasta cómo aquello que estudiaban encajaba en su propia vida. Puse mayor énfasis en la tarea de aprender a transformarme en un mediador

---

en su formación, que en enseñarles algo que ellos podían aprender por sí mismos a través de las prácticas de formación y la reflexión sobre lo vivido durante la clase.

En los últimos años, y poco a poco, mi ser como docente se ha transformado y esto también se ha extendido a otras dimensiones de mi vida. Ser docente es algo que está más allá del aula, más allá de la escuela, es algo que es parte integral de mi vida. La mayor parte de esta transformación fue fruto de la reflexión sobre mi práctica, y en especial de la duda en torno a si la enseñanza o el aprendizaje son la función esencial del maestro. Ahora me encuentro en el camino de aprender; aprender a desarrollar prácticas de formación que aporten elementos a la formación de mis estudiantes; aprender a escuchar, a leer en su forma de pensar y de sentir, cómo ser un mediador en lo concreto de sus vidas.

Algo más, la lectura de Van Manen (2004) ha sido para mí transformadora e ilustrativa, en especial en relación con lo que este autor identifica como *solicitud* y *tacto pedagógico*. Se trata de una pedagogía que implica “distinguir activamente lo que es adecuado de lo que resulta menos adecuado en la interacción con los niños y los jóvenes” (p. 46). En este contexto, para aprender a formar es necesario distinguir lo concreto de la vida de los estudiantes, y estar en la posibilidad de solicitar lo que es adecuado para ellos y actuar con tacto frente a lo que ellos necesitan para formarse.

De ninguna manera es mi propósito realizar una crítica epistemológica al modelo de enseñanza aprendizaje, sino compartir con otros docentes una experiencia que, como docente que aprende, he vivido.

## Referencias

- Ferry, G. (1990). *El trayecto de la formación*. México: UNAM/Escuela Nacional de Estudios Profesionales Iztacala/Paidós Educador.
- Freire, P. (2010). *Cartas a quien pretende enseñar*. Argentina: Siglo Veintiuno.
- Van Manen, M. (2004). *El tono de la enseñanza: El lenguaje de la pedagogía*. España: Paidós Educador.